

ni granjearse la estima de los demás, ni llevar vida regalada, ni escalar las dignidades, ni ganar reputación de sabio; una sola cosa es necesaria: amar a Dios y cumplir su voluntad. Para este único fin nos creó y conserva la vida, y solamente por este camino llegaremos un día a conquistar el paraíso. *Ponme como sello sobre tu corazón, cual sello sobre tu brazo.* Así dice el Señor a todas las almas, esposas suyas, que le pongan en su corazón como sello y como señal en su brazo, para que a El vayan dirigidas todas las acciones y deseos; dice que le pongan sobre el corazón, para que no entre en él más amor que el suyo, y que le pongan sobre su brazo, para que en cuanto hagan no se propongan otro fin que agradarle. Y icómo corren a pasos agigantados por el camino de la perfección los que en todas sus obras no pierden de vista a Jesús crucificado ni tienen más finalidad que hacer su beneplácito!

Este ha de ser todo nuestro afán, alcanzar el verdadero amor a Jesucristo. Los maestros de la vida espiritual nos describen los caracteres del verdadero amor, y dicen que el amor es *temeroso*, porque lo único que teme es desagradar a Dios; es *generoso*, porque, puesta su confianza en Dios, lánzase a empresas a mayor gloria de Dios; es *fuerte*, porque vence los desordenados apetitos y aun en medio de las más violentas tentaciones sale siempre triunfador; es *obediente*, porque a la menor inspiración inclínase a cumplir la divina inspiración; es *puro*, porque sólo tiene a Dios por objeto y ámale porque merece ser amado; es *ardoroso*, porque quisiera encender en todos los corazones el fuego del amor y verlos abrasados en divina caridad; es *embriagador*, porque hace andar al alma fuera de sí, como si no viera ni sintiera,

ni tuviera sentidos para las cosas terrenas, pensando sólo en amar a Dios; es *unitivo*, porque logra unir con apretado lazo de amor la voluntad de la criatura con la del Creador; es *suspirante*, porque vive el alma llena de deseos de abandonar este destierro para volar a unirse perfectamente con Dios en la patria bienaventurada, para allí amarle con todas sus fuerzas.

Pero nadie mejor que San Pablo, el gran predicador de la caridad, nos declara cuáles sean sus caracteres y en qué consista su práctica. En su primera Carta a los Corintios, en el capítulo 13, afirma que, sin la caridad, de nada vale el hombre ni nada le aprovecha: *Si tuviere toda la fe hasta trasladar montañas, mas no tuviere caridad, nada soy. Y si repartiere todos mis haberes y si entregare mi cuerpo para ser abrasado, mas no tuviese caridad, ningún provecho saco.* Por lo que si uno tuviese tal fe que trasladara un monte de una parte a otra, como hizo San Gregorio Taumaturgo, si no tuviere caridad, de nada vale; si distribuyera todos sus bienes a los pobres y padeciera voluntarios martirios, pero sin caridad, de modo que lo sufriera con otro fin que el de agradar a Dios, de nada le vale.

Por eso San Pablo continúa describiéndonos las contraseñas de la divina caridad, enseñándonos a la vez la práctica de aquellas virtudes que son sus hijas: *La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene celos, no se pavonea, no se infla, no traspasa el decoro, no busca lo suyo, no se exaspera, no toma a cuenta el mal. No se goza de la injusticia, antes se goza con la verdad. Todo lo disimula, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.*

Consideremos en el presente libro estas diversas prácticas de la caridad, para ver si reina verdadera-

mente en nosotros el amor que debemos a Jesucristo y examinar las virtudes en que principalmente nos habemos de ejercitar para conservar en nosotros y acrecentar este santo amor.

Afectos y súplicas

¡Amabilísimo y amantísimo Corazón de Jesús, desgraciado el corazón que no os ame! ¡Oh Dios, moristeis en la cruz por amor a los hombres, sin sentir alivio alguno!, y ¿cómo después de ello viven éstos sin acordarse de vos?

¡Oh amor divino, oh ingratitud humana! ¡Oh hombres, hombres, mirad al inocente Cordero de Dios que agoniza en la cruz y muere por vosotros, pagando así a la divina justicia por vuestros pecados y atrayéndonos a su amor! Mirad cómo, a la vez, ruega al Eterno Padre que os perdone; miradlo y amadle.

¡Ah Jesús mío, cuán pocos son los que os aman! Desgraciado de mí, que también durante tantos años me olvidé de vos, ofendiéndoos tantas veces. Amado Redentor mío, no es tanto el infierno que merecí el que me hace derramar lágrimas, cuanto el amor que me habéis mostrado.

Dolores de Jesús, ignominias de Jesús, llagas de Jesús, muerte de Jesús, amor de Jesús, imprimíos en mi corazón y quede en él para siempre su dulce recuerdo que me hiera e inflame continuamente en su amor.

Os amo, Jesús mío; os amo, sumo bien mío; os amo, mi amor y mi todo; os amo y quiero amaros siempre. No permitáis que os abandone y torne a perderos.

Hacedme todo vuestro; hacedlo por los méritos de vuestra muerte, en la cual tengo cifrada toda mi esperanza.

María, Reina mía, también en vuestra intercesión confío. Conseguidme el amor a Jesucristo y también vuestro amor, Madre y esperanza mía.

CAPÍTULO V

QUIEN AMA A JESUCRISTO, AMA EL PADECIMIENTO

Caritas patiens est.

La caridad es sufrida.

La tierra es lugar de merecimientos, de donde se deduce que es lugar de padecimientos. Nuestra patria, donde Dios nos tiene reservado el descanso del gozo eterno, es el paraíso. En este mundo habemos de estar poco tiempo, y, a pesar de ser poco, son muchos los padecimientos por que habremos de pasar. *El hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de inquietud.* Hay que sufrir; todos tenemos que sufrir; todos, sean justos o pecadores, han de llevar la cruz. Quien la lleva pacientemente, se salva, y quien la lleva impacientemente, se condena. Idénticas miserias, dice San Agustín, conducen a unos al cielo y a otros al infierno. En el crisol del padecer, añade el mismo santo Doctor, se quema la paja y se logra el grano en la Iglesia de Dios; quien en las tribulaciones se humilla y resigna a la voluntad de Dios, es grano del paraíso; y quien se ensorberbece e irrita, abandonando a Dios, es paja para el infierno.

El día en que se discuta la causa de nuestra salvación, si queremos alcanzar sentencia de salvación, es preciso que nuestra vida se halle conforme con la de Jesucristo: *Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la ima-*

gen de su Hijo. Para esto se propuso el Verbo eterno venir al mundo, para enseñarnos con su ejemplo a llevar pacientemente las cruces que el Señor nos enviare: *También Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas.* Para animarnos a padecer quiso Jesucristo padecer. ¡Ah!, y ¿cuál fué la vida de Jesucristo? Vida de ignominias y de penalidades. El profeta llamó a nuestro Redentor *despreciado, abandonado de los hombres, varón de dolores,* el hombre despreciado, tratado como el último de todos, el hombre de dolores; sí, porque la vida de Jesucristo estuvo saturada de trabajos y dolores.

Pues bien, así como Dios trató a su amadísimo Hijo, así también tratará a quien le ame y adopte como hijo: *A quien ama corrígelo el Señor, y azota a todo hijo que por suyo reconoce.* De ahí que dijera en cierta ocasión a Santa Teresa: «Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos». Por eso la Santa, cuando se veía más trabajada, decía que no trocaría sus trabajos por todos los tesoros del mundo. Apareciéndose después de muerta a una de sus religiosas, le reveló que gozaba de gran premio en el cielo, no tanto por las buenas obras cuanto por los padecimientos que en vida sufrió con agrado por amor de Dios, y que, si por alguna causa hubiera deseado tornar al mundo, sería ésta tan sólo la de poder sufrir alguna cosa por Dios. Quien padece amando a Dios, dobla la ganancia para el paraíso. San Vicente de Paúl solía decir que el no penar en esta tierra debe reputarse por gran desgracia; y añadía que una congregación o persona que no padece y es de todo el mundo aplaudida, está ya al borde del precipicio. Por eso, el día que San Francisco de Asís pasaba sin algún trabajo por Cristo, temía que Dios le hubiera

dejado de su mano. Escribe San Juan Crisóstomo que, cuando el Señor concede a alguno el favor de padecer por El, dale mayor gracia que si le concediera el poder resucitar a los muertos, porque, en esto de obrar milagros, el hombre se hace deudor de Dios; mas en el padecer, Dios es quien se hace deudor del hombre; y añadía que el que pasa algún trabajo por Cristo, aunque otro favor no recibiera que el de padecer por Dios, a quien ama, eso sería la mayor correspondencia, y que la gracia que tuvo San Pablo de ser aherrojado por Cristo la tenía en más que la de haber sido arrebatado al tercer cielo.

La constancia ha de tener obra perfecta; es decir, que no hay cosa que más agrade a Dios que el contemplar a un alma que con paciencia e igualdad de ánimo lleve cuantas cruces le mandare; que esto hace el amor, igualar al amante con el amado. «Todas las llagas del Redentor – decía San Francisco de Sales – son a manera de bocas que nos enseñan cómo hemos de padecer trabajos por El. Sufrir con constancia por Cristo, he ahí la ciencia de los santos y el medio de santificarnos prestamente». Quien ama a Jesucristo desea que le traten como a El le trataron, pobre, despreciado y humillado. Vió San Juan a los bienaventurados *vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos*. La palma es emblema del martirio, si bien no todos los santos sufrieron el martirio. ¿Cómo, pues, todos llevan esas palmas? Responde San Gregorio que todos los santos fueron mártires, o a manos del verdugo o trabajados por la paciencia; de suerte, añade el Santo, que «nosotros sin hierro podemos ser mártires, con tal que nuestra alma se ejercite en la paciencia».

En esto estriba el mérito del alma que ama a Jesu-

cristo, en amar el padecimiento. «Esto me dijo el Señor otro día: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y en padecer y en amar... Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y a éstos responde el amor. ¿En qué te lo puedo más mostrar que querer para ti lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores». «Pues creer que (Dios) admite a su amistad estrecha gente regalada y sin trabajos, es disparate». Y añade Santa Teresa, para consuelo nuestro: «Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones, como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por El, todo es para mayor ganancia».

Apareciéndose cierto día Jesucristo a la Beata Bautista Varanis y le dijo que «tres eran los favores de mayor precio que El sabía hacer a las almas sus amantes: el primero, no pecar; el segundo, obrar el bien, que es de más subido valor; y el tercero, que es el más cumplido, padecer por amor de El». Conforme a esto, decía Santa Teresa de Jesús que, cuando alguien hace por el Señor algún bien, el Señor se lo paga con cualquier trabajo. Por ello, los santos daban en sus contrariedades gracias a Dios. San Luis, rey de Francia, hablando de la esclavitud padecida por él en Turquía, decía: «Gózome y doy gracias a Dios, más por la paciencia que entre las prisiones me ha concedido, que si hubiera conquistado toda la tierra». Y Santa Isabel, reina de Hungría, cuando, a la muerte de su esposo, fué expulsada de sus Estados con su hijo, abandonada de todos, entró en una Iglesia de franciscanos e hizo cantar en ella un *Te Deum* en acción de gracias porque así la favorecía Dios, permitiéndola padecer por su amor.

Decía San José de Calasanz que «no sabe ganar a Cristo el que no sabe sufrir por Cristo». Y antes lo había dicho el Apóstol: *Porque entiendo que los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar en orden a nosotros.* Extraordinaria ganancia sería padecer todas las penalidades sufridas por los santos mártires, durante nuestra vida, a trueque de disfrutar, aunque fuera sólo un momento, de la gloria del paraíso; luego ¿con cuánta mayor razón habremos de abrazarnos con nuestra cruz, sabiendo que los trabajos de esta breve vida nos conquistarán la bienaventuranza eterna? *Porque ese momento, ligero, de nuestra tribulación, nos produce, con exceso incalculable, siempre creciente, un eterno caudal de gloria.* San Agapito, jovencillo de pocos años, cuando el tirano le amenazó con abrasarle la cabeza con un yelmo encendido, respondió: «Y ¿qué mayor fortuna podría ser la mía que perder la cabeza para verla coronada luego en la gloria?» Esto hacía exclamar a San Francisco: «Tan grande es el bien que espero, que las penas tórnanseme gozos». Quien quiera la corona del cielo, fuerza es que pase por tribulaciones y trabajos: *Si constantemente sufrimos, también con El reinaremos.* No puede darse premio sin mérito, ni mérito sin paciencia. *No es coronado si no lucha conforme a ley.* Y al que con más paciencia combatiere, le ha de caber mayor corona.

Fuerte cosa es que, cuando se aventuran los bienes terrenos, procuren sus amadores allegar cuanto más pueden, en tanto que, tratándose de bienes celestiales, se contenten con decir que les basta un rincón en el cielo. No hablaron así los santos, sino que en la vida se contentaban con cualquier cosa, y hasta se

despojaban de los bienes terrenos, al paso que, tratándose de los celestiales, se esforzaban en allegar cuantos más podían. Y es del caso preguntar: ¿Quiénes estaban en lo seguro y conducente?

Y, hablando de la vida presente, es cierto que quien con más paciencia sufre, disfruta también de mayor paz. San Felipe Neri acostumbraba decir que en este mundo no hay purgatorio, sino tan sólo cielo o infierno; quien soporta pacientemente las tribulaciones, disfruta ya del cielo, y quien las rehuye, padece ya un infierno anticipado. Sí, porque, como escribe Santa Teresa, quien abraza las cruces que Dios le manda, no las siente. Hallándose San Francisco de Sales, en cierta ocasión, asediado de tribulaciones, dijo: «Desde hace algún tiempo, las adversidades y secretas contradicciones que experimento me proporcionan tan suave y dulce tranquilidad, que no tiene igual, y son presagio de la próxima y estable unión del alma con Dios, la cual en toda verdad es la única ambición y el único anhelo de mi corazón». ¡Cuán cierto es que la paz no puede hallarse donde se vive vida desconcertada, sino donde se vive vida de unión con Dios y con su santísima voluntad! Cierta religioso misionero de Indias, asistiendo a un condenado que se hallaba en el patíbulo, oyóle decir: «Sepa, Padre, que fuí de su orden; mientras observé fielmente las Reglas, viví contento; mas cuando empecé a relajarme, en el mismo punto sentí pena y trabajo en todo, de tal manera que, abandonando la religión, di rienda suelta a los vicios, que, por fin, me trajeron al estado miserable en que me ve. Le digo esto —añadió— para que mi ejemplo pueda servir de escarmiento a otros». El Venerable Luis de la Puente decía que para disfrutar de paz había que tomar las cosas dul-

ces de la vida como amargas, y las amargas como dulces. Sí, porque lo dulce, aun cuando agrade a los sentidos, deja, sin embargo, un amargo remordimiento de conciencia, por la complacencia desordenada que en ello se tiene, al paso que lo amargo, aceptado pacientemente, como venido de la mano de Dios, tórnase suave y querido a las almas que le aman.

Persuadámonos de que en este valle de lágrimas no es posible que goce verdadera paz de corazón sino quien sobrelleva los padecimientos y se abraza gustoso con ellos para agradar a Dios; que tal es la herencia y estado de corrupción que nos legó el pecado original. La condición de los justos en la tierra es padecer amando. Cierta día escribió el P. Pablo Séñeri, el joven, a una de sus penitentes, para animarla a padecer, que escribiese a los pies del Crucifijo estas palabras: «Así se ama». No es tanto el padecer, cuanto la voluntad de padecer por amor de Jesucristo, la más cierta señal para ver si un alma le ama. «¿Y qué más ganancia —decía Santa Teresa— que tener algún testimonio de que contentamos a Dios»? Pero, ¡ay!, que la mayoría de los hombres desmayan con sólo oír el nombre de cruz, de humillación y de penalidades. Con todo, no faltan almas amantes que cifran todo su contento en padecer y andar como inconsolables cuando les faltan trabajos. «Sólo mirar a Jesús crucificado —decía cierta persona edificante— me infunde tal amor a la cruz, que se me hace no podría ser feliz sin padecimientos; el amor de Jesucristo me basta para todo». Este es el consejo que Jesús da a quien lo quiere seguir, tomar la cruz y seguirlo: *Tome a cuestras su cruz... y sígame*. Pero hay que tomarla y seguirlo, con humildad, paciencia y amor.

¡Qué gusto propocionan a Dios quienes humilde y pacientemente se abrazan con las cruces que les envía! Decía San Ignacio de Loyola que no hay leña tan a propósito para encender y conservar el fuego del amor de Dios como el madero de la cruz, es decir, el amarlo en medio de los sufrimientos. Cierta día Santa Gertrudis preguntó al Señor qué sería lo que pudiera ofrecerle más de su agrado, y El le respondió: «Hija mía, con lo que más me agradarías sería con sufrir pacientemente cuantas tribulaciones te presentara». Por eso decía la sierva de Dios sor Victoria Angelini que más vale un día clavado en cruz que cien años de ejercicios espirituales. Y el Santo P. Juan de Avila añadía: «Más vale en las adversidades un gracias a Dios que seis mil gracias de bendiciones en la prosperidad». Y, con todo, los hombres desconocen el valor del padecer por Dios. Decía la Beata Angela de Foligno que, si conociéramos el mérito de padecer por Dios, robaríamos las ocasiones del padecimiento. De ahí que Santa María Magdalena de Pazzi, conocedora del valor del sufrimiento, deseaba que se prolongase su vida, más bien que ir luego a disfrutar del cielo; porque en el cielo no se puede padecer, decía.

El alma amante de Dios sólo ansía unírsele por completo, mas para alcanzar unión tan perfecta oigamos lo que decía Santa Catalina de Génova: «Para llegar a la unión con Dios son necesarias las adversidades, porque Dios por su medio destruye todos los desordenados movimientos de nuestra alma y de nuestros sentidos. Y, por esto, injurias, desprecios, enfermedades, pérdidas de parientes y de amigos, humillaciones, tentaciones y demás contrariedades, nos son sumamente necesarias, para que, batallando y de

victoria en victoria, lleguemos a extinguir en nosotros las perversas inclinaciones de parecernos desagradables, pues mientras que el amor divino no nos la torne amables, no llegaremos a la divina unión».

De donde resulta que el alma que anhele ser toda de Dios como escribe San Juan de la Cruz, ha de buscar no el gozo, sino el padecimiento en todas las cosas: «Porque buscarse a sí en Dios es buscar los regalos y recreaciones de Dios; mas buscar a Dios en sí es no sólo querer carecer de eso y de esotro por Dios, sino inclinarse a escoger por Cristo todo lo más desahrido, ahora de Dios, ahora del mundo, y esto es amor de Dios»; y así ha de abrazar ávidamente todas las mortificaciones voluntarias, y con mayor avidez aún y amor las involuntarias, porque éstas son más queridas de Dios. Salomón dijo: *Mejor es el sufrido que un héroe*. Sin duda que agrada a Dios quien se mortifica con ayunos, cilicios y disciplinas, porque mortificándose da pruebas de varonil entereza; pero mucho más agradable es a Dios holgarse en los trabajos y sufrir pacientemente las cruces que El nos manda. San Francisco de Sales decía: «Las tribulaciones que nos vienen de la mano de Dios o de los hombres, son siempre más preciosas que las que son hijas de la propia voluntad, porque es ley general que donde menos lugar tiene nuestra voluntad, más contento hay para Dios y provecho para nuestras almas». En igual sentido abundaba Santa Teresa: «Y deja casi aniquilada aquella pena con el gozo que le da ver que le ha puesto el Señor en las manos cosa que en un día podrá ganar más delante de Su Majestad, de mercedes y favores perpetuos, que pudiera ser ganara él en diez años por trabajos que quisiera tomar por sí»; razón por la cual afirmaba Santa María Magdalena

de Pazzi no haber cosa en el mundo, por acerba que fuese, que no la sufriera alegremente, pensando que procede de la divina mano. Y así fué, porque, en los no pequeños trabajos que hubo de sufrir en un lustro, bastábale traer a la memoria ser voluntad de Dios, para recobrar la paz y la tranquilidad. ¡Ah!, que para conquistar a Dios, inestimable tesoro, todo es nada o de ningún valor. Del P. Hipólito Durazzo es la siguiente sentencia: «Cueste Dios lo que costare, jamás nos costará muy caro».

Roguemos, pues, al Señor que nos halle dignos de amarlo; que, si le amamos perfectamente, todos los bienes terrenos se nos harán humo y lodo, al paso que las ignominias tornaránse en suavísimos deleites. Oigamos lo que dice San Juan Crisóstomo del alma que se entrega completamente a Dios: «Luego que se ha llegado al perfecto amor de Dios, vívese como solo en la tierra y ni se para en glorias o en ignominias: desprécianse tentaciones y trabajos y se pierde el gusto y apetito de las cosas terrenas. No encontrando ayuda ni reposo en cosas de mundo, corre el alma sin tregua ni descanso tras del amado sin que haya estorbo que la detenga, porque ya trabaje, coma, vele, duerma, en cuanto haga o diga, cifra su ideal y afanes en la búsqueda del amado; que en él está su corazón por estar en él su tesoro».

En este capítulo hemos hablado de la paciencia en general; en el décimoquinto trataremos en especial de las ocasiones en que habremos de ejercitarla.

Afectos y súplicas

Querido Jesús mío y tesoro mío, por las ofensas que os hice no merezco disfrutar de vuestro amor, mas por vuestros merecimientos os ruego me hagáis digno de él. Os amo sobre todas las cosas y me arrepiento de todo corazón por haberos despreciado en lo pasado y arrojado del alma. Ahora os amo más que a mí mismo, os amo con todo mi corazón, ¡oh bien infinito!, os amo, os amo, os amo, y nada más deseo que amaros perfectamente. Una sola cosa temo, y es verme privado de vuestro amor.

Enamorado Redentor mío, dadme a conocer el sumo bien que sois y el amor que me profesasteis para obligarme a amaros, Dios mío, no permitáis que viva ingrato a tanta bondad vuestra. Sobrado os he ofendido; no quiero ya separarme de vos; quiero emplear cuantos años me restaren de vida en amaros y complaceros. Socorredme, Jesús mío y amor mío; ayudad a un pecador que anhela amaros y entregarse completamente a vos.

¡Oh María, esperanza mía!, vuestro Hijo atiende a vuestras súplicas: rogadle por mí y alcanzadme la gracia de amarlo perfectamente.

CAPÍTULO VI

QUIEN AMA A JESUCRISTO, AMA LA MANSEDUMBRE

Caritas benigna est.

La caridad es benigna.

El espíritu de mansedumbre es propio de Dios: *Porque este recuerdo de mí es más dulce que la miel.* Por eso el alma amante de Dios ama a todos los que Dios ama, como son nuestros prójimos; y así, con voluntad amorosa busca el modo de ayudar, consolar y dar gusto a todos, en cuanto en su mano está. San Francisco de Sales, maestro y dechado de mansedumbre, decía: «La humilde mansedumbre es la virtud de las virtudes, que Dios tanto nos recomienda, y por esto es menester practicarla siempre y en todo lugar». Y el Santo deducía esta regla: «Haced lo que se pueda hacer con amor y dejad de hacer lo que no se pueda hacer sin andar en pependencias. Entiéndese lo que se puede dejar sin menoscabo de la gloria de Dios, porque la ofensa de Dios ha de impedir siempre, tan pronto como se pueda, por aquel que está en la obligación de impedirla.

Esta mansedumbre ha de practicarse con los pobres de especial manera, quienes, de ordinario, por ser pobres, son tratados ásperamente por los demás. Debe, asimismo, practicarse con los enfermos, los cuales, aquejados como se ven por sus dolencias, están mal asistidos. Y más particularmente ha de

practicarse la mansedumbre con los enemigos. *Vence el mal a fuerza de bien*, el odio con el amor, las persecuciones con la mansedumbre, como hicieron los santos, granjeándose de esta suerte el afecto de sus más obstinados perseguidores.

«Nada edifica tanto al prójimo -dice San Francisco de Sales- como el trato afable y amoroso». Por eso andaba siempre la sonrisa a flor de labios en el Santo, y su empaque, palabras y gestos respiraban benignidad, hasta el extremo que decía de él San Vicente de Paúl que nunca había hallado hombre tan benigno como Francisco de Sales, y añadía que con sólo mirarlo se le hacía contemplar la mismísima benignidad de Jesucristo. Hasta cuando tenía que negar lo que la conciencia no le permitía conceder, de tal manera se mostraba benigno, que los solicitantes, a pesar de ver frustrado su intento, marchaban contentos y aficionados a su persona. Con todos era benigno, con los superiores, con los iguales, con los inferiores, con los de casa y con los de fuera, muy diferente de aquellos que, en expresión del mismo Santo, «parecen ángeles fuera de casa y dentro son unos diablos. Nunca se quejaba de las faltas de los criados, rara vez los amonestaba, y siempre con palabras llenas de benignidad. Cosa, por cierto, muy de alabar en todos los superiores, que deben ser suaves y benignos con sus súbditos y, cuando tienen que señalar una ocupación, deben más bien rogar que mandar. Decía San Vicente de Paúl: «No hallarán los superiores mejor modo de ser obedecidos que mediante la afabilidad». Y de igual manera se expresaba Santa Juana de Chantal: «Experimenté varios modos de gobernar a mis súbditos, y no lo hallé mejor que la suavidad y tolerancia».

Hasta en la corrección de los defectos debe el superior estar revestido de templanza. Una cosa es corregir con energía, y otra corregir con aspereza. A veces, cierto que habrá que corregir con energía, cuando se trata de graves defectos, y máxime si son recaídas en ellos; mas aun entonces guardémonos de reprender con aspereza e ira; quienes reprenden con ira causan más daño que provecho. Este es el celo amargo reprochado por Santiago. Gloríanse algunos de dominar a la familia con su régimen de aspereza y aventuran que ése es el arte de gobernar, pero no piensa igual el apóstol Santiago, que dice: *Si tenéis en vuestro corazón celos amargos y espíritu de contienda, no os jactéis*. Si en alguna ocasión fuera necesario dar al culpable severa represión, para inducirlo a reconocer la gravedad de su falta, es necesario, al menos, al fin de la represión, dejarle buen sabor de boca con palabras de blandura y amor. Se impone curar las heridas como lo hizo el samaritano del Evangelio, con vino y aceite. «Mas así como el aceite —dice San Francisco de Sales— sobrenada entre los restantes licores, así es necesario que en todas nuestras acciones sobrenade la benignidad». Y si aconteciere que la persona que ha de sufrir la corrección se hallare turbada y alborotada, se ha de aplazar la represión hasta verle desenojado; de lo contrario, sólo se lograría irritarle más. San Juan, canónigo regular, decía: «Cuando la casa arde, no hay que echar más leña al fuego».

No sabéis a qué espíritu pertenecéis. Así dijo Jesucristo a sus discípulos Santiago y Juan cuando le pidieron castigara a los samaritanos por haberlos expulsado de su país. ¿Cómo?, dijo Jesús: ¿Qué espíritu es ése? No es, por cierto, el mío, todo blandura y suavidad, pues no vine a perder, sino a salvar. Y voso-

tros, ¿intentáis que pierda a los samaritanos? Callad y no me dirijáis tal súplica, porque repito que ése no es mi espíritu. Y, a la verdad, icon que dulzura trató Jesucristo a la adúltera! Mujer, le dijo, tampoco yo te condeno; anda y desde ahora no peques más. Se contentó con amonestarla que no volviese a pecar y la despidió en paz. ¡Con qué benignidad, a la vez, buscó la salvación de la samaritana! Primero le pidió de beber y luego le dijo: *¡Si conocieses... quién es el que te dice: «Dame de beber!»* A continuación le reveló que El era el esperado Mesías. Además, con cuánta dulzura procuró la conversión del impío Judas, hasta admitirlo a comer en el mismo plato, lavarle los pies y amonestándolo caritativamente en el mismo acto de su traición: *¡Judas!, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* Y para convertir a Pedro, después de la triple negación, *¿qué hace? Y volviéndose el Señor, miró a Pedro.* Al salir de casa del pontífice, sin echarle en cara su pecado, le dirigió una tierna mirada, que obró su conversión, de tal modo que Pedro, mientras vivió, no dejó de llorar la injuria hecha a su Maestro.

¡Cuánto más se gana con la afabilidad que con la aspereza! Nada hay más amargo que la nuez verde, decía San Francisco de Sales; pero, no bien confitada, es suave y dulce al paladar; también las correcciones por naturaleza son ásperas; pero si se hacen con amor y dulzura, tórnase gratas, consiguiendo por ello el mayor éxito. De sí mismo afirmaba San Vicente de Paúl que en el gobierno de su Congregación no se acordaba de haber corregido a nadie ásperamente, fuera de tres veces que se creyó en el deber de obrar así, de lo que siempre se había arrepentido, pues siempre le había resultado contraproducente, al paso

que siempre que había corregido con dulzura había conseguido lo que pretendía.

San Francisco de Sales, con su **trato amable**, conseguía cuanto pretendía, hasta **llevar a Dios** a los pecadores más empedernidos. Igual **hacía San Vicente de Paúl**, que solía decir a los suyos: «**La afabilidad, el amor y la humildad tienen una fuerza maravillosa para conquistarse los corazones e inducirlos a abrazar hasta lo más repugnante a la naturaleza**». Cierta día encomendó a uno de sus misioneros la conversión de un gran pecador, mas el padre, por más esfuerzos que hizo, no consiguió nada, por lo que rogó al Santo le dirigiera él algunas palabras; hizolo así San Vicente y lo convirtió. El pecador en cuestión afirmaba después que le había cautivado el corazón la dulzura y caridad del P. Vicente. Por eso el Santo no podía tolerar que sus misioneros trataran a los penitentes ásperamente, asegurándoles que el demonio se sirve del rigor para llevar las almas al infierno.

Hay que practicar la benignidad con todos, en toda ocasión y en todo tiempo. Advierte San Bernardo que hay algunos de trato suave mientras las cosas marchan como una seda, mas si se atraviesa cualquier contrariedad, cualquier contratiempo, se encienden súbitamente y comienzan a echar fuego como el Vesubio. A estos tales se les puede llamar carbones encendidos, aun cuando ocultos entre cenizas. Quien quiera santificarse ha de ser como el lirio entre espinas, que, por más que nazca entre ellas, no deja de ser lirio, siempre suave y deleitable. El alma amante de Dios conserva siempre la paz del corazón y la traduce hasta en el rostro, lo mismo en la prosperidad que en la adversidad, como cantó el cardenal Petrus Jucii:

Ve en torno suyo al mundo,
que en perpetua mudanza gira ansioso;
mas su interior, profundo
retiro es misterioso,
y allí, unida a su Dios, vive en reposo.

En las adversidades se conoce a los hombres. San Francisco de Sales amaba tiernamente a la Orden de la Visitación, que tantos trabajos le había costado. A menudo la vió a pique de perderse, al embate de las persecuciones que sobre ella se desencadenaban; mas nunca el Santo perdió la paz, y hasta se alegraba de la destrucción de la Orden si al Señor pluguiera; entonces fué cuando dijo: «Desde hace algún tiempo las adversidades y contradiccione que experimento me han hecho gozar de tan tranquila paz, que no tiene semejante, y es presagio de estar ya cercano el día de la estable unión de mi alma con Dios, único anhelo de mi corazón».

Cuando nos acontezca tener que responder a quien nos tratare mal, vigilémonos para responder siempre con dulzura: *Una respuesta blanda aplaca el furor*. Una respuesta suave basta para apagar un incendio de cólera. Si nos sintiéramos turbados, preferible es callar, porque entonces no nos parecerá mal decir la primera palabra que os viniere a los labios; pero, calmada la pasión, veremos que tantos fueron los pecados, cuantas las palabras que se nos escaparon.

Y aun cuando cayéramos en alguna falta, también entonces nos es necesaria la mansedumbre, pues irritarse contra sí después de una falta no es humildad, sino refinada soberbia, como si no fuéramos por naturaleza más que flaqueza y miseria. Decía Santa Teresa: «En estotra humildad que pone el demonio,

no hay luz para ningún bien; todo parece lo pone Dios a fuego y sangre». Airarnos contra nosotros después del pecado es un pecado mayor que el otro cometido, y que traerá consigo no pocos más, pues nos hará abandonar las devociones, la oración, la comunión, y, si practicamos estos ejercicios, será con menudado provecho. San Luis Gonzaga decía que en el agua turbia no se ve, por lo que aprovecha el demonio para sus pescas. Cuando el alma estuviere turbada, no reconocerá a Dios ni lo que procede hacer. Entonces, por tanto, después de la caída en cualquier defecto, es cuando hay que volver a Dios confiada y humildemente, pidiéndole perdón y diciéndole con Santa Catalina de Génova: «Estas, Señor, son las flores de mi vergel». Os amo con todo mi corazón, me arrepiento de haberos disgustado y ya no quiero volver a hacerlo; prestadme vuestra ayuda.

Afectos y súplicas

Dichosas cadenas de caridad que unís al alma con Dios, atadme también a mí, de tal modo que no pueda ya separarme del amor de mi Dios. Jesús mío, os amo, os amo, tesoro y vida del alma mía; con vos quiero vivir unido y a vos me entrego. Ya no quiero, amado Señor mío, dejar de amaros. Vos que para pagar las deudas de mis pecados quisisteis ser clavado en la cruz y no la abandonasteis hasta haber abandonado la vida, por favor y por los merecimientos de tanto penar, no permitáis que vuelva a separarme de vos.

Me arrepiento, sobre todo mal, de haberos vuelto las espaldas en lo pasado, y propongo, con vuestra

gracia, antes morir que disgustaros ni grave ni levemente. ¡Oh Jesús mío!, a vos me entrego; os amo con todo el corazón y os amo más que a mí mismo. En lo pasado os ofendí, mas ahora me arrepiento de ello y quisiera morir de dolor. Unidme del todo a vos. Renuncio a todos los consuelos sensibles y sólo a vos quiero y nada más. Haced que os ame y luego disponed de mí como os plazca.

¡Oh María, esperanza mía!, atadme a Jesús y haced que siempre viva atado a El y así prendido fallezca, para llegar un día a aquel bienaventurado reino donde no abrigaré ya temores de verme privado de su santo amor.

CAPÍTULO VII

QUIEN AMA A JESUCRISTO, SOLAMENTE ENVIDIA A
LOS QUE LE AMAN MÁS Y NO A LOS GRANDES DEL
MUNDO

Caritas non aemulatur.
La caridad no tiene celos.

Explicando San Gregorio este otro carácter de la caridad, dice que no es envidiosa, porque desconoce la emulación mundana de las grandezas terrenas, que, lejos de desear, desprecia. Ante todo, es menester distinguir dos suertes de envidia, buena la una y la otra mala. Esta se entristece ante los bienes terrenos que otros poseen en el mundo. Luego la envidia santa es la que, en lugar de envidiar, compadece a los grandes del mundo que viven entre honores y placeres terrenales. Unicamente busca a Dios y no pretende en esta vida más que amarlo cuanto le sea dable; de ahí que ande santamente envidiosa de quienes la venzan en amor, pues en él quisiera aventurar a los propios serafines:

Este es el único fin que proponen en la tierra las almas santas, fin que de tal modo enamora y hierde de amor al corazón de Dios, que le hace prorrumpir en estas expresiones: *Me robaste el corazón, hermana mía esposa; me robaste el corazón con una sola mirada de tus ojos.* Este mirar de la esposa sig-

nifica el único fin que ha de tener el alma en cuanto piense y obre, que es agradar a Dios. Los mundanos en sus acciones miran las cosas con muchos ojos, esto es, con muchas intenciones desordenadas, de agradar al mundo, conquistar honores, allegar riquezas o al menos complacerse en sí mismos, en tanto que las almas buenas no tienen más que la mira de agradar a Dios en todas sus acciones y repiten con David: *¿Quién sino tú hay para mí en los cielos? Y si contigo estoy, la tierra no me agrada...; roca y parcela mía Dios por siempre.* Y ¿qué otra cosa he de querer, Dios mío, sino a vos solamente en este mundo? Sólo vos sois mi riqueza, sólo vos el único Señor de mi corazón. «Conserven enhorabuena —decía San Paulino— sus riquezas terrenas los poderosos, guárdense sus reinos los monarcas, que vos, Jesús mío, sois mi tesoro y mi corona».

Nótese que no basta ejecutar buenas obras, sino que hay que ejecutarlas bien. Para que nuestras obras sean buenas y perfectas es preciso hacerlas con el recto fin de agradar a Dios. Tal fué la gran alabanza que se dió a Jesucristo: *Todo lo ha hecho bien.* Acciones habrá que en sí sean laudables, mas porque se ordenan a otro fin que el de la gloria de Dios, de poco o de ningún valor serán ante El. Decía Santa María Magdalena de Pazzi: «Dios recompensa nuestras acciones a peso de rectitud»; es decir, que según sea la rectitud de la intención, así Dios tendrá por buenas y recompensará nuestras obras. Pero ¡ah, Dios mío, y cuán difícil es hallar una obra hecha tan sólo por Dios! Recuérdome ahora de un santo religioso, ancianito él y muerto en olor de santidad, después de una vida de trabajos por la gloria de Dios; cierto día me decía, triste y turbado por la ojeada que acababa

de echar a su vida: «Padre mío, de todas las obras de mi vida no hallo ni una que haya sido hecha puramente por Dios». ¡Maldito amor propio, que echa a perder todo o la mayor parte del fruto de nuestras buenas acciones ¡Cuántos predicadores, confesores, misioneros, fatíganse en los más santos ministerios, y al cabo poco o nada recogen para el cielo, porque no tienen por única mira a Dios, sino más bien la gloria mundana, los intereses o la vanidad de la ostentación o, al menos, de su natural inclinación!

Es sentencia del Señor: *Mirad no obréis vuestra justicia delante de los hombres, para ser visto de ellos; de los contrario, no tenéis derecho a la paga cerca de vuestro Padre, que está en los cielos.* Los que se fatigan por satisfacer sus gustos naturales, en ellos reciben un premio y *firman el recibo de su paga.* Paga, sin embargo, exigua, que se reduce a un poco de humo y a una efímera satisfacción, que presto pasa, sin dejar nada de provecho en el alma. Dice el profeta Ageo que quienes trabajan, mas no para complacer a Dios, ponen sus ganacias en saco roto, que cuando se abre no se halla nada. Y de ello proviene que estos tales, si después de tanto trabajo no alcanzan el apetecido resultado, se desaniman; prueba de que no tenían por finalidad la sola gloria de Dios: quien obra sólo por esa divina gloria, aunque no tenga el apetecido éxito, no se turba, pues al fin logró el fin que se prefijara, que era agradar a Dios por medio de su rectitud de intención.

He aquí algunas señales para conocer si en los ministerios que ejercita no busca puramente la gloria de Dios: 1ª No turbarse cuando no se alcanza lo que se buscaba, porque, no siendo esto del agrado de Dios, tampoco es conforme a su voluntad. 2ª Holgarse del

bien obrado por otros como si uno mismo lo hubiera hecho. 3ª No desear un cargo con preferencia a otro, aceptando gustoso el que indicare la obediencia a los superiores. 4ª No buscar, después de ejercidos sus ministerios, el agradecimiento ni la aprobación de los demás; antes por el contrario, viéndose criticado y censurado, no turbase cifrando su alegría en haber contentado únicamente a Dios. Y si por ventura se reciben alabanzas mundanas, no vanagloriarse, sino responder a la vanagloria que corre tras uno como respondió el Santo Juan de Avila: «También os reíd de la vanagloria, y decidle: Ni por ti lo hago, ni dejaré de hacer. Señor, a ti ofrezco cuanto hiciere, dijere y pensare. Y cuando venga la vanagloria, decidle: Tarde venís, que ya está dado a Dios».

Esto es entrar en el gozo del Señor, es decir, disfrutar del gozo prometido por Dios a sus siervos fieles: *Bien, siervo bueno y fiel; en cosas pocas fuiste fiel, sobre muchas te pondré; entra en el gozo de tu Señor.* Y si tenemos la dicha de hacer algo del divino agrado, dice el Crisóstomo, ¿qué más queremos buscar? Esta es la mayor merced, la más grande fortuna a que puede aspirar la criatura: agradar a su Creador.

Esto es lo que pretende Jesucristo del alma que le ama: *Ponme como sello sobre tu corazón, cual sello sobre tu brazo.* Quiero que le ponga por sello en el corazón y en el brazo: en el corazón, para que cuanto piense sea por puro amor de Dios; y en el brazo, para que cuanto haga sea para agradar a Dios, y de este modo sea siempre el Señor el único fin de todas sus obras y hasta de todos sus pensamientos Santa Teresa decía que quien se quiera santificar ha de vivir sin más deseo que el de agradar a Dios. Y su primera hija espiritual, la Venerable Beatriz de la Encarna-

ción, decía: «No tiene precio la cosa más pequeña que se hace si va por amor de Dios; no habíamos de menear los ojos si no fuese por este fin y por agradarle». Y con razón, porque cuanto se hace para agradar a Dios es pura caridad que a El nos une y nos alcanza bienes eternos.

Dícese que la rectitud de intención es la celestial alquimia que trueca al hierro en oro, esto es, las más triviales acciones, como trabajar, comer, recrearse, descansar, hechas por Dios, las trueca en oro de santo amor. Por eso opinaba Santa María Magdalena de Pazzi que los que obran con recta intención cuanto hacen, van derechos al paraíso, sin pasar por el purgatorio. Cuéntase en el *Tesoro espiritual* que cierto solitario, antes de ejecutar cualquier obra, se detenía un tantillo y dirigía los ojos al cielo. Preguntado por qué lo hacía, respondió: «Es que procuro asegurar la puntería»; queriendo con esto decir que así como el ballestero antes de lanzar la saeta fija la puntería para asegurar el blanco, así también él, antes de ejecutar cualquier acción, ponía la mira en Dios, para que fuese del divino agrado. Así debíamos hacer nosotros también, y hasta, una vez empezada la obra, no estaría de más que renovásemos de cuando en cuando la intención de agradar a Dios.

Quienes en sus obras no buscan más que la voluntad de Dios, disfrutan de aquella santa libertad de espíritu de hijos de Dios que contribuye a hacer abrazar cuanto sea del agrado de Jesucristo, sin tener cuenta de las repugnancias del amor propio o del respeto humano. El amor a Jesucristo comunica a sus amadores una total indiferencia, que lo hace todo igual, lo dulce y lo amargo; nada quieren de lo que a ellos agrada y nada rehúsan de lo que agrada a Dios.

Con igual paz se empleen en las cosas grandes que en las pequeñas; en lo que los mortifica, lo mismo que en lo que los halaga; bástales entender que en esto agradan a Dios.

Muchos hay, por el contrario, que quieren servir a Dios, pero en tal empleo, en aquel lugar, con determinados compañeros, en ciertas circunstancias y de otro modo, o no le sirven o lo hacen de mala gana. Estos tales no disfrutan de la libertad de espíritu, sino que son esclavos del amor propio y, por ende, poco o ningún mérito tienen de cuanto hacen; viven inquietos porque, de suave que es, tornan en pesado el yugo de Jesucristo. Los verdaderos seguidores de Jesucristo buscan sólo lo que a El le place y porque a El place; cuando quiera, donde quiera y como quiera Jesucristo; sea que los quiera emplear en ministerios honrosos o bien en oficios viles y despreciables. Esto es amar a Cristo con puro amor y en esto debiéramos emplear todas nuestras fuerzas, combatiendo los desordenados apetitos del amor propio, ganosa siempre de lucimientos en grandes cosas, de mucha honra y conformes a nuestros gustos naturales.

Aun debemos despegar nuestro corazón de todos los ejercicios espirituales cuando el Señor quiere emplearnos en otras cosas de su gusto. cierto día, hallándose el P. Alvarez muy ocupado, deseaba dejarlo todo para darse a la oración, porque se le hacía que entonces no estaba con Dios; mas el Señor le dijo: «Conténtate de que me sirva de ti aunque no te tenga conmigo». Esto reza con las personas que quizás se inquietan cuando la caridad o la obediencia las obliga a dejar sus acostumbradas devociones; estén persuadidas de que tal inquietud no proviene de Dios, sino que es cosa del demonio o del amor propio.

Dése gusto a Dios, aunque en ello vaya la muerte: era la primera máxima de los santos.

Afectos y súplicas

En vuestras manos pongo, ¡oh Dios eterno!, todo mi corazón. Pero, ¡oh Dios mío!, y ¿qué corazón os ofrezco? Cierto que fué criado para amaros, pero, lejos de ello, ¡cuántas veces se ha rebelado contra vos! Mas no olvidéis, Jesús mío, que, si hubo un tiempo en que se rebeló contra vos, ahora está postrado a vuestras plantas, arrepentido y atravesado de dolor por los disgustos que os ha causado. Sí, amado Redentor mío, me arrepiento de haberos despreciado y me resolvò a amaros y serviros cueste lo que costare. Por favor, atraedme completamente a vos, y hacedlo por el amor que me manifestasteis al morir en la cruz por mí.

Os amo, Jesús mío, os amo con toda mi alma, os amo más que a mí mismo, ¡oh verdadero y único amante del alma mía!, ya que vos solo llevasteis el amor hasta morir por mí. Amargamente lloro viendo cuán ingrato he sido con vos. ¡Pobre demí! Mi perdición era segura, mas confío que con vuestra gracia me habéis restituído la vida. Mi vida en adelante será amaros siempre, sumo Bien mío. Haced que os ame, con infinito amor, y nada más os pido.

¡Oh María, Madre mía!, aceptadme por vuestro siervo y haced que también Jesucristo me reciba como tal.

CAPÍTULO VIII

QUIEN AMA A JESUCRISTO, HUYE DE LA TIBIEZA Y
BUSCA LOS MEDIOS DE ALCANZAR LA PERFECCIÓN,
QUE SON: 1.°, DESEARLA; 2.°, RESOLVERSE A ELLA; 3.°,
LA ORACIÓN MENTAL; 4.°, LA COMUNIÓN; 5.°,
LA ORACIÓN

*Caritas non agit
perperam.*

La caridad no se
pavonea.

Explicando San Gregorio estas palabras: *La caridad no se pavonea*, dice que la caridad, deseosa de ir siempre adelante en el amor de Dios, no admite nada que no sea recto y santo. Que es lo que antes había escrito el Apóstol: *Revestios de la caridad, que es el vínculo de la perfección*. Y porque la caridad ama la perfección, despréndese de aquí que aborrece la tibieza con que sirven a Dios ciertas almas, con grave riesgo de perder la caridad, la gracia divina, el alma y todo.

I. De la tibieza

Importa, ante todo, señalar dos especies de tibieza, la una inevitable y la segunda que se puede evitar. *La*

inevitable es aquella de la cual ni los santos se vieron exentos, y abarca todos los defectos que cometemos sin plena voluntad y tan sólo por nuestra frágil naturaleza, como las distracciones en la oración, las inquietudes interiores, las palabras inútiles, la curiosidad vana, los deseos de bien parecer, cierta sensualidad en el comer o en el beber, algunos movimientos de la concupiscencia no reprimidos al instante y cosas semejantes.

Defectos son éstos que debemos evitar en cuanto en nuestra mano esté; mas, debido a nuestra flaca naturaleza, viciada por el pecado, es imposible evitarlos por completo. También debiéramos detestarlos una vez cometidos, porque no son del agrado de Dios; pero, como advertimos en el capítulo anterior, debemos guardarnos de caer por ello en turbación y desaliento, porque, como dice San Francisco de Sales, «los pensamientos que nos angustian no vienen de Dios, que es príncipe de paz, sino que traen su origen o del demonio, o del amor propio, o de la estima que de nosotros mismos tenemos».

Estos pensamientos, pues, que nos inquietan, debemos luego rechazarlos, sin hacer caso de ellos. Dice el mismo Santo que los defectos indeliberados, así como se cometen indeliberadamente, involuntariamente se borran también con un solo acto de dolor o un acto de amor. La Venerable María del Crucificado, benedictina, vió en cierta ocasión un globo de fuego dentro del cual caían muchas pajas, y advirtió que todas quedaban reducidas a pavesas, y a la vez le fué dado a entender que un fervoroso acto de amor divino consume todas las imperfecciones que hay en el alma. El mismo efecto produce la sagrada comu-

nión, según el concilio de Trento, que llama a la Eucaristía remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas. Aunque tales defectos no dejen de serlo, con todo, no impiden la perfección, es decir, el caminar hacia la perfección, porque en esta vida miserable nadie puede llegar a la suma de la perfección, que se consigue solamente en la eterna bienaventuranza.

La tibieza, pues, que impide llegar a la imperfección es *la evitable*, cuando se cae en pecados veniales deliberados, porque estos pecados, cometidos a cara descubierta, se podrían evitar perfectamente, ayudados de la divina gracia, aun en la vida presente. De aquí que Santa Teresa dijese: «Pecado muy de advertencia, por chico que sea, Dios nos libre de él». Tales son, por ejemplo, las mentiras voluntarias, las murmuraciones leves, las imprecaciones, los resentimientos manifestados con la lengua, las burlas del prójimo, las palabras picantes, el alabarse y andar tras de la estima propia, los rencores y malquerencias abrigados en el corazón, la afición desordenada a personas de diversos sexo. «¡Oh —exclamaba Santa Teresa—, que quedan unos gusanos que no se dan a entender... hasta que nos han roído las virtudes!» Por lo que en otro lugar advierte: «Miren que por muy pequeñas cosas va el demonio barrenando agujeros por donde entren las muy grandes».

Debemos, pues, temer cometer tales defectos deliberados, porque ponen a Dios como en la necesidad de privar al hombre de las divinas ilustraciones y del socorro de su mano poderosa y de sus más suaves y regalados consuelos espirituales; de aquí nace que el alma se da a las cosas espirituales con tedio y con trabajo, por lo que empieza por abandonar la oración,

la comunión, las visitas al Santísimo Sacramento, las novenas, y, finalmente, con toda facilidad lo dejará todo, como ha acontecido no raras veces a tantas desgraciadas almas.

Esto significa aquella amenaza del Señor a los tibios: *¡Ojalá fuera frío o caliente! Así, puesto que eres tibio, y ni caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca.* Cosa chocante; dice: *¡Ojalá fueras frío!*; pues ¿qué? ¿Vale más ser frío, es decir, privado de la gracia, que tibio? Sí; en cierta manera, es preferible estar frío, porque el frío puede fácilmente enmendarse, aguijoneado por el torcedor de la conciencia, en tanto que en la tibieza se hacen las paces con los pecados, sin cuidarse ni pensar siquiera en mudar de vida, y por esto se da casi por desesperada su cura. «El que cayó del fervor en la tibieza —dice San Gregorio— está desesperado». Decía el Venerable P. Luis de La Puente que él podía haber cometido innumerables defectos en su vida pero que nunca había pactado con ellos. Hay personas, al contrario, que capitulan con sus faltas, de donde procede su ruina, especialmente cuando se trata del amor propio, de honras vanas, del exceso de allegar riquezas, de rencor o faltas de caridad, de aficiones menos honestas con personas de diferente sexo. Grande riesgo corren estas almas, según expresión de San Francisco de Asís, de que los cabellos se les truequen en cadenas que los arrastren al infierno. En todo caso, no se santificarán y perderán la corona que Dios les tenía preparada de haber sido fieles a la gracia. El pajarillo, libre del lazo que lo sujetaba, presto toma vuelo y se remonta por los aires; igual acontece al alma libre de todo apego a las cosas terrenas; vuela hacia Dios, en tanto que un solo hilillo que la sujete a la tierra bastará para estor-

barla subir al cielo. ¡Cuántas personas espirituales no llegan a la santidad por no esforzarse en dar de mano a ciertas aficioncillas!

Todo este daño proviene del poco amor que se tiene a Jesucristo. Algunos hay que andan como engolfados en la propia estima, otros que se irritan si las cosas no van como deseaban; unos regalan el cuerpo por razones de salud, éstos dan entrada en el corazón a afectos terrenos y el interior lo tienen siempre disipado, ganosos siempre de escuchar y saber mil cosas ajenas al servicio de Dios y sólo conformes con sus gustos; aquéllos finalmente, desconocen el sufrir la más mínima desatención, y de ahí que se turben, abandonen la oración y el recogimiento, y unas veces se muestran alegres, otras tristes e impacientes, según vayan o no las cosas conforme a sus inclinaciones y estado de ánimo. Estos tales no aman a Jesucristo, o lo aman con menguado amor, y lo que hacen es desacreditar la verdadera devoción.

II. Remedios contra la tibieza

Pero, y quien haya caído en tan miserable estado de tibieza, ¿qué deberá hacer? Ciertamente que es harto difícil ver al alma tibia recobrar el primitivo fervor, mas también es cierto que el Señor dijo que lo que los hombres no pueden puédelo Dios. El que ruega y emplea los medios a ello conducentes, presto alcanza lo que desea. Cinco son los medios para salir de la tibieza y adelantar en la perfección, a saber: 1.º, deseársela; 2.º, resolverse a ello; 3.º, la oración mental; 4.º, la comunión, y 5.º, la oración.

III. Del deseo de la perfección

El primer medio, por tanto, para salir de la tibieza, es el *deseo de la perfección*, y éste a la vez es el primer medio para ser perfectos. Son los santos deseos alas que nos hacen volar sobre la tierra, porque, como dice San Lorenzo Justiniano, además de darnos fuerzas para andar por el camino de la perfección, alivian también las penas del caminar: «Dannos fuerzas —dice el Santo— y hácenos la carga más liviana». El que verdaderamente desea la perfección, va siempre adelante, sin darse punto de reposo, y si no se cansa, al cabo llegará. Por el contrario, quienes no alimentan este deseo volverán atrás y cada día serán más imperfectos. Dice San Agustín que, en los caminos de Dios, no ir adelante es retroceder. Quien no se esfuerza por seguir adelante en lo comenzado, presto verá que vuelve atrás, arrastrado por la corriente de la corrompida naturaleza.

En gravísimo error están quienes sostienen que Dios no exige que todos seamos santos, ya que San Pablo afirma: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*. Dios quiere que todos seamos santos, y cada uno según su estado, el religioso como religioso, el seglar como seglar, el sacerdote como sacerdote, el casado como casado, el mercader como mercader, el soldado como soldado, y así de los demás estados y condiciones.

Hermosos son los documentos que acerca de esto trae mi gran abogada Santa Teresa; en un lugar dice: «Que siempre vuestros pensamientos vayan animosos, que de aquí vernán a que el Señor os dé gracias para que lo sean las obras». En otro se expresa así: «Tener gran confianza, porque conviene mucho no

apocar los deseos, sino creer de Dios, que, si nos esforzamos poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor». Y, en confirmación de lo dicho, atestiguaba tener experiencia de que las personas animosas en poco tiempo aprovechan mucho. «Y no penséis que ha menester nuestras obras –proseguía–, sino la determinación de nuestra voluntad». «Mas que le vean (en el Santísimo Sacramento) y comunicar sus grandezas y dar de sus tesoros, no quiere sino a los que entiende que mucho lo desean, porque éstos son sus verdaderos amigos». «Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno». Tan generosa y noble era en su amor Santa Teresa, que cierto día, con santa osadía, dijo al Señor que se holgaría de ver en el cielo a otros con más gloria que ella, pero que no sabía si se holgaría de que otro amase a Dios más que ella.

Menester es, por tanto, revestirse de ánimo esforzado y generoso: *Bueno es Yahveh para quien en El espera*. Dios es sobrado bueno y liberal para quien le busca de corazón. Ni siquiera nuestros pecados pasados pueden impedirnos alcanzar la santidad, si de verdad la deseamos. Prosigue Santa Teresa: «Mas es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño para no ir muy adelante gente que tiene oración; con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos y querer imitar a los santos y desear de ser mártires». El Apóstol escribe: *Sabemos que Dios coordena toda su acción al bien de los que le aman*; y la Glosa añade: *hasta los pecados*, pues también los pecados cometidos pueden cooperar a nuestra santificación, en cuanto su

recuerdo nos hace más humildes y agradecidos, a vista de los favores que Dios nos otorga, después de haberle ofendido tanto. Yo nada puedo, debe decir el pecador, nada merezco más que el infierno, pero he de tratar con un Dios de infinita bondad, que tiene empeñada la palabra de oír a todo el que le pidiere. Pues que me libró de la eterna condenación y quiere ahora que sea santo, ofreciéndome para ello su ayuda, bien puedo llegar a serlo, no ciertamente con mis fuerzas, sino con el favor de Dios, que me conforta: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta.* Cuando experimentemos excelentes deseos, esforcemos al punto el ánimo y, poniendo a Dios por fiador, llevémoslo prestamente a la práctica, y si luego surgiere cualquier impedimento en la vida espiritual, resignémonos a la voluntad de Dios. El querer de Dios ha de prevalecer sobre todo nuestro buen deseo. Santa María Magdalena de Pazzi antes hubiera renunciado a la perfección que alcanzarla contra la voluntad de Dios.

IV. De la resolución

El segundo medio para alcanzar la perfección es la resolución de entregarse del todo a Dios. Muchos están llamados a la perfección; muévelos a ello la divina gracia y hasta tienen deseos de alcanzarla, mas, porque les falta esta resolución, viven y mueren tibios e imperfectos. No basta el deseo de la perfección si no va acompañado de firme resolución de alcanzarla. ¡Cuántas almas se alimentan de solos deseos y no dan ni un paso en los caminos de Dios! estos son los deseos de que nos habla el Sabio: *Los deseos del*

perezoso lo matan. El perezoso no deja de desear, pero no se resuelve a adoptar los medios para conseguir la santidad propia de su estado. Dice: ¡Ah, si viviese en un desierto y no ya en casa! ¡Si pudiera habitar en un monasterio, entonces sí que me entregaría del todo a Dios! Y, entre tanto, no puede sufrir a tal persona, se resiste a oír palabras de contradicción, anda derramado en mil cosas exteriores, cae en incontables defectos, gula, curiosidad, soberbia, y a vuelta de eso sigue suspirando: ¡Ah, si tuviese, si pudiese...! Tales deseos causan más daño que utilidad, porque, mientras uno se alimenta de ellos, prosigue viviendo en sus imperfecciones. San Francisco de Sales decía: «No apruebo que una persona, ligada ya por un deber o vocación, se pare a desear otro género de vida que no sea conforme con su oficio, ni se meta en ejercicios incompatibles con su estado actual, porque esto disipa el corazón y le hace andar flojo y tibio en los ejercicios a que está obligado».

Lo que hace falta es desear la perfección, y con varonil resolución tomar los medios a ello conducentes. Escribe Santa Teresa: «El demonio ha gran miedo a ánimas determinadas, que tiene ya experiencia le hacen gran daño. Este es el oficio de la oración mental, saber buscar los medios que más directamente conducen a la perfección. Algunos hay que consumen grandes horas en oración, sin determinarse jamás a nada de provecho. Decía la misma Santa: «Yo la quería más (la oración) breve que produzca fruto que la de muchos años que nunca acabó de determinarse más a el postrero que al primero, a hacer cosa que sea nada por Dios». Y en otro pasaje añade: «Ya tengo experiencia en muchas, que si me ayudo al principio a determinarme a hacer lo que, siendo por solo

Dios, hasta en comenzar lo quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace después».

La primera resolución ha de ser determinarse a morir antes que cometer un pecado deliberado, por leve que sea. Es cosa averiguada que, por más esfuerzos que hagamos, sin la gracia y favor de Dios, no alcanzaremos victoria sobre las tentaciones; mas también es cierto que Dios espera que hagamos por nuestra parte algún esfuerzo para intervenir El después con su gracia, que, ayudando a nuestra flaqueza, nos sacará victorioso. Esta determinación, al par que desbarata cuantos tropiezos halla en nuestro camino, nos da mucho ánimo, porque nos certifica hallarnos en la amistad divina. San Francisco de Sales afirmaba: «La mayor seguridad que podemos tener de hallarnos en esta vida en gracia de Dios no consiste precisamente en que sintamos amor por El, sino en el sincero y total abandono de todo nuestro ser en sus manos, y en la inquebrantable resolución de no consentir jamás en ningún pecado, sea leve, sea grave». A esto llamamos ser delicados de conciencia. Adviértase aquí, de paso, que una cosa es ser delicado de conciencia y otra ser escrupuloso. Ser delicado de conciencia es necesario para santificarse, pero ser escrupuloso es defecto que causa no pocos perjuicios, por lo que se impone obedecer al director espiritual y dominar los escrúpulos, que no son sino vanas y no razonables aprensiones.

Es necesario, en segundo lugar, determinarnos a escoger lo más perfecto, no sólo de lo que agrada a Dios, sino también lo que absolutamente es de su mayor agrado. Decía San Francisco de Sales: «Hay

que comenzar por una seria y determinada resolución de hacer a Dios total entrega de nosotros, protestando que en lo venidero queremos ponernos del todo en sus manos, renovando a tiempo esta misma determinación». San Andrés Avelino hizo voto de adelantar a diario en la perfección. Escribe San Lorenzo Justiniano: «Cuando uno camina de veras por el camino de la perfección, más hambre siente de proseguir adelante, y, al paso que va creciendo en la perfección, más hambre siente de ello, porque, siendo más fuertes los rayos de la divina luz, parecele que no tiene virtud alguna ni hace cosa de provecho; y si por ventura cree haber hecho algo bueno, hállalo cargado de imperfecciones y todo le parece poco. De aquí que de continuo trabaje el alma para lograr la perfección, sin pararse nunca ni decir basta».

Lo que hagas, hazlo presto y no lo dejes para mañana. ¿Quién sabe si mañana tendrás tiempo de hacerlo? Advierte el Eclesiastés: *Todo lo que puedas hacer con tu fuerza, hazlo, y no difieras para mañana, y da la razón de ello diciendo: Porque no hay obra, ni razón, ni ciencia, ni sabiduría en el seol, adonde te encaminas.* Porque en la otra vida se acabó el tiempo del bien obrar y merecer; ni hay sabiduría para hacer el bien ni prudencia para bien gobernarse, ya que, una vez muerto, lo hecho, hecho está. Aconteció que sor Buenaventura, profesa del monasterio de la Torre de los Espejos, vivía vida de tibieza cuando fué a predicar los ejercicios espirituales a la comunidad el religioso P. Lancicio, y sor Buenaventura, que no deseaba salir del estado de tibieza, comenzó de mala gana a escuchar los sermones. Pues bien, en el primero se apoderó de ella la divina gracia con tal ímpetu, que acudió prestamente a los pies del padre

y le dijo muy resueltamente: «¡Padre, quiero santificarme y pronto!» Cosa que llevó a cabo con el auxilio divino, pues vivió sólo unos ocho meses, a continuación de los cuales murió en opinión-de santidad.

David decía: *Y dije: «Ahora empiezo»*. Glosando San Carlos Borromeo estas palabras, exponía: «Ahora comienzo a servir a Dios». Y así tenemos que hacer, como si en lo pasado no hubiéramos hecho bien alguno, porque todo cuanto por Dios hacemos es nada, dado que todo estamos obligados a hacerlo por El. Resolvámonos, pues, a diario a comenzar a ser todo de Dios; no nos detengamos a mirar lo que hacen los demás ni cómo lo hacen, puesto que contados son los que de veras se dan a la santidad. De San Bernardo es esta sentencia: «Lo perfecto es siempre raro». Si queremos seguir al común de los hombres, seremos siempre imperfectos, como ellos lo eran, por regla general. Santa Teresa decía: «¡Donosa manera de buscar amor de Dios!... Así que, porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro». ¡Oh Dios, y qué poco es cuanto hiciéremos por Jesucristo, quien por nuestro amor nos dió sangre y vida! «Es todo asco –añadía la Santa– cuanto podemos hacer, en comparación de una gota de sangre que el Señor por nosotros derramó». Los santos nada perdonaron cuando se trataba de complacer a un Dios que se ha dado por completo a nosotros, sin reserva alguna, para obligarnos a no reservarle nada. «Se te dió por entero –escribe el Crisóstomo–, sin reservarse nada para sí». Pues, si El se dió por completo a nosotros, no es razón que andemos con reservas para con El. *Y por todos murió –dice San Pablo–, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que por ellos murió y resucitó.*

V. De la oración mental

El tercer medio para alcanzar la santidad es *la oración mental*. «Quien no meditare las verdades eternas –dice Gersón–, por maravilla podrá vivir vida cristiana». Y la razón es porque a quien no medita fáltale la luz y tiene que caminar a tientas. Las verdades de la fe no se ven con los ojos corporales, sino con los del alma, y precisamente en la meditación. Quien no las medita no las ve, y por eso camina a tientas y, envuelto así en tinieblas, fácilmente se aficionará a las cosas de aquí abajo, con desprecio de las eternas. Santa Teresa escribía al obispo de Osma: «Aunque a nuestro parecer no haya imperfecciones en nosotros, cuando Dios abre los ojos del alma, como en la oración lo suele hacer, parécense bien estas imperfecciones». Y antes escribió San Bernardo que quien no medita no se aborrece, porque no se conoce. La oración, prosigue el Santo, gobierna los afectos de nuestro corazón y encamina hacia Dios nuestras obras; pero, sin meditación, inclínanse hacia la tierra nuestros afectos, tras ellos van las obras, y todo anda en desorden.

Terrible es el caso que se refiere en la vida de la Beata Sor María del Crucificado, siciliana. Estando la sierva de Dios en oración, oyó a un demonio que alardeaba de haber hecho abandonar a cierta religiosa la meditación de regla, y vió en espíritu que, después de esta falta, la tentaba el demonio a cometer una falta grave, y que la religiosa estaba a punto de sucumbir. Voló ella a su socorro, la amonestó y sacóla del peligro. Santa Teresa decía que el alma que abandona la oración no tardará en convertirse en bestia o en demonio.

Renunciar, por consiguiente, a la meditación es renunciar al amor de Jesucristo. La oración es la feliz hoguera en que se enciende y conserva el fuego del santo amor: «En mi meditación se encendió un fuego». Santa Catalina de Bolonia escribía: «Quien no frecuenta la oración, se priva del lazo que une al alma con Dios, por lo que no será difícil que el demonio, hallando al alma fría en el amor divino la arrastre a cebarse en cualquier emponzoñada manzana». Por el contrario, decía Santa Teresa: «Si en ella persevera (en la oración), por pecados, y tentaciones, y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto que la saca el Señor a puerto de salvación, como, a lo que ahora parece, me ha sacado a mí». Y en otro pasaje afirma: «El que no deja de andar e ir adelante, aunque tarde, llega. No parece es otra cosa perder el camino sino dejar la oración». E insiste otra vez: «¡Y qué bien acierta el demonio, para su propósito, en cargar aquí la mano! Sabe el traidor que el alma que tenga con perseverancia oración, la tiene perdida, y que todas las caídas que le hace dar la ayudan, por la bondad de Dios, a dar después mayor salto en lo que es su servicio: algo le va en ello». ¡Cuántos bienes se recolectan en la oración! En ella se conciben santos pensamientos, se encienden afectos devotos, se fortalecen grandes deseos y se forman propósitos inquebrantables de entregarse del todo a Dios; en ella el alma sacrifica a Dios todos los afectos terrenos y todos los apetitos desordenados. Afirmaba San Luis Gonzaga que «no habrá mucha perfección donde no hubiere mucha oración». Que no echen en olvido este dicho del Santo los que desean la perfección.

No se ha de ir a la oración para experimentar las

dulzuras del amor divino; quien este fin se propusiere perdería el tiempo y sacaría escasa ventaja. El alma ha de darse a la oración solamente para agradar a Dios, es decir, sólo para conocer cuál sea su voluntad y pedirle la necesaria ayuda para cumplirla. El Venerable P. D. Antonio Torres decía: «Llevar la cruz sin consuelo hace volar el alma por el camino de la perfección». La oración desprovista de consuelo sensibles es la más provechosa para el alma. Santa Teresa decía que el alma que abandona la oración no necesita de demonios que la lleven al infierno, pues por sí misma se encamina a él.

De este ejercicio de la oración procede que el alma piense siempre en Dios. «El verdadero amante en todas partes ama y siempre se acuerda del amado. Recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese tener oración», decía Santa Teresa. Y de aquí procede también que las personas de oración hablen siempre de Dios, sabiendo como saben cuánto le agrada que los amadores se deleiten en hablar de El y del amor que les profesa, procurando de este modo inflamar a los demás en el amor divino. Escribe la misma Santa: «Quiso que viese claro que a semejantes pláticas siempre se hallaba presente, y lo mucho que se sirve en que así se deleiten en hablar en El».

De la oración también nace el deseo de retirarse a lugares solitarios para tratar a solas con Dios y conservar el recogimiento interior aun tratando negocios exteriores necesarios. Digo *necesarios*, o por razón del gobierno de la familia o de los ministerios que la obediencia impone; porque las personas dadas a oración deben amar la soledad y no derramarse en cosas vanas e inútiles; que es excelente medio para tener al alma unida a Dios. *Huerto cerrado*

eres, hermana mía, esposa. El alma esposa de Jesucristo ha de ser huerto cerrado a toda criatura y no ha de alimentar en su corazón más pensamientos ni más negocios que de Dios y para Dios. Los corazones dissipados no pueden santificarse. Los santos que tuvieron por ministerio ganar almas para Dios, aunque predicaban, confesaban, componían enemistades y asistían a enfermos, no perdían el recogimiento. Lo mismo acontece con los que andan metidos entre libros. ¡Cuántos hay que, estudiando para hacerse sabios, no salen ni sabios ni santos, porque la verdadera ciencia y todos los demás bienes! *Viniéronme los bienes a una todos con ella*, esto es, con la santa caridad. San Juan Berchmans se entregó al estudio con incansable ardor, y, con todo, jamás el estudio puso trabas, merced a su fervor, al adelantamiento espiritual. El Apóstol dijo: *No sentir de sí más altamente de lo que conviene sentir, sino sentir aspirando a un sobrio sentir.* Necesaria es la ciencia, y especialmente al sacerdote, porque debe enseñar a los demás la ley divina: *Pues los labios del sacerdote deben guardar la ciencia, y la doctrina han de buscar de su boca;* sea sabio, sí, pero dentro de la moderación. Quien por el estudio abandona la oración da pruebas de que no busca a Dios, sino a sí mismo. Quien busca a Dios, antes que dejar la oración dejará el estudio, cuando no sea tan necesario que obligue a dejar la oración.

Otro mal gravísimo que nace de aquí es que sin meditación no se ora. De la necesidad de la oración ya traté en muchas de mis obras espirituales, y en especial en un libro titulado *Del gran medio de la oración*, por lo que me limitaré a decir en este capítulo algunas palabras sobre el particular. Baste solamente

señalar aquí lo que el venerable obispo de Osma Mons. Palafox dejó escrito: «¿Cómo ha de durar la caridad si no da Dios la perseverancia? ¿Cómo la dará Dios si no la pedimos? ¿Cómo la pediremos si no hay oración?... Sin la oración ni hay comunicación de Dios para conservar las virtudes adquiridas, ni para adquirir las perdidas». Y en verdad que es así, pues el que no medita no advierte las necesidades de su alma, desconoce los riesgos que corre su salvación, ignora los medios que debe emplear para vencer las tentaciones, y, no entendiendo la necesidad que tiene de orar, dejará la oración y ciertamente se perderá.

En cuanto a la materia de las meditaciones, no hay cosa más útil que la meditación de los novísimos, muerte, juicio, infierno y gloria; principalmente se ha de meditar en la muerte, imaginándose hallarse moribundo en el lecho, abrazado al crucifijo y presto ya a entrar a la eternidad. Mas para el verdadero amante de Jesucristo, que desea ir siempre adelantando en su santo amor, no hay pensamiento más eficaz que el de la pasión de Redentor. Decía San Francisco de Sales que el monte Calvario es el monte de los amantes. Todos los amadores de Jesucristo suben a este monte, donde no se respiran más brisas que las del divino amor. En presencia de un Dios que muere por nuestro amor, y que muere porque nos ama —*Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros*—, imposible parece no arder en las llamas de su amor. De las llagas del Crucifijo brotan siempre saetas de amor que hieren los corazones, aunque sean más duros que la piedra. ¡Dichosa el alma que en la cumbre del Calvario tiene fija su morada! ¡Feliz montaña, amable montaña! Querido monte, ¿quién

podrá alejarse de ti? Monte que despides llamas que consumen a las almas que moran de continuo en ti.

VI. De la comunión frecuente

El cuarto medio para alcanzar la perfección y perseverar en la amistad de Dios es la frecuencia de la sagrada comunión, de la que hablamos en el capítulo 2, en que vimos que el alma no puede hacer cosa de mayor agrado a Jesucristo que recibirlo a menudo en el Sacramento de los altares.

«Ayuda más poderosa para alcanzar la perfección —decía Santa Teresa— no encuentro yo que comulgar con frecuencia: es cosa que pone admiración cómo el Señor va perfeccionando el alma»; y añadía que, «hablando en general, las personas que más frecuentemente comulgan se ven más adelantadas en la perfección; y en aquellos monasterios se respira mejor espíritu y ambiente de perfección en los cuales más se frecuenta la sagrada comunión».

Y por esto dijo Inocencio XI, en el decreto del año 1679, que la comunión frecuente y hasta cotidiana ha sido siempre loada y recomendada por los Santos Padres. La Eucaristía, según el concilio Tridentino, es remedio y medicina que nos libra de las culpas cotidianas y nos preserva de las mortales. San Bernardo dice que la comunión reprime los ímpetus de la cólera y de la incontinencia, que son las dos pasiones que más frecuente y furiosamente nos acometen. Santo Tomás afirmaba que la comunión abate las sugestiones del demonio, y San Juan Crisóstomo, finalmente, asegura que la comunión da al alma poderosa inclinación a la virtud y facilidad grande en practi-

carla, y a la vez que le infunde una paz interior que le convierte en fácil y deleitoso el camino de la perfección. Pero, sobre todo, ningún sacramento inflama tanto al alma en amor divino como la sagrada Eucaristía, donde Jesucristo se da por entero a nosotros y estréchanos a El con cadenas de amor. De ahí que dijera San Juan de Avila: «Más ¿qué diremos? Que hay hombres que, sin ver la conciencia de los que se llegan a comulgar, juzgan y dicen que es malo, y lo murmuran. Estos tales el oficio del diablo tienen, aborrecedores y estorbadores de las obras de Dios». En efecto, el demonio aborrece sobre todo encarecimiento este sacramento, del que reportan las almas fuerzas extraordinarias para adelantar en el amor divino.

Importa mucho, para comulgar bien, llegarnos a este banquete eucarístico convenientemente preparados. La primera preparación remota, para poder comulgar a diario o frecuentemente, consiste: 1.º, en abstenerse de toda falta deliberada, es decir, comedita a ojos abiertos; 2.º, en el ejercicio de la oración mental; 3.º, en la mortificación de los sentidos o de las pasiones.

Enseñaba San Francisco de Sales en su *Filotea* que «se puede conceder la comunión diaria a quien ha vencido la mayor parte de sus malas inclinaciones y adquirido rico caudal de perfección». El angélico Santo Tomás es de parecer que bien puede comulgar diariamente quien por experiencia sabe que comulgando se le aumenta el fervor de la caridad. Por lo que decía Inocencio XI en el citado decreto que al confesor corresponde determinar la mayor o menor frecuencia en el comulgar, siguiendo para ello, como norma segura; el mayor o menor provecho que de

este manjar saca el alma encomendada a su dirección. La preparación próxima a la comunión es la que se hace el mismo día en que se comulga, y consiste en hacer media hora por lo menos de oración mental.

Es necesario, además, para que la sagrada comunión cause maravillosos efectos, que después de comulgar empleemos prolongado rato en la acción de gracias. El Santo Padre Juan de Avila decía que el tiempo que corre después de la comunión es tiempo de hacer fortuna y allegar tesoros de gracia para el cielo. Santa María Magdalena de Pazzi decía que no hay tiempo más a propósito para inflamarse en santo fuego de caridad como el que sigue a la comunión, y Santa Teresa añadía: «No suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje... Estaos vos con El de buena gana; no perdáis tan buena sazón de negociar como es la hora después de haber comulgado».

Almas pusilánimes hay que, cuando el confesor las exhorta a comulgar más a menudo, reponen: *Pero... si yo no soy digna...* Y ¿no sabes que, mientras menos veces comulgues, más indigna te haces de ese divino manjar, porque, no comulgando, los defectos crecen y disminuyen las fuerzas? ¡Animo, pues! Obedece a tu director y déjate guiar por él, que las imperfecciones, cuando no son voluntarias, no estorban el comulgar, mayormente cuando el principal defecto está en no someterte a lo que te ordena el padre espiritual.

— *Cierto, pero si en lo pasado viví vida tan imperfecta...* —¿E ignoras— te respondo— que quien más necesitado está de la medicina y del médico es precisamente quien se hallare más enfermo? Jesús en el